

NOTAS

PATRIA Y DINAMICA INTERNACIONAL CONTEMPORANEA

Cultiven los ciudadanos con magnanimidad y lealtad el amor a la Patria, pero sin estrechez de espíritu, de suerte que miren siempre al mismo tiempo por el bien de toda la familia humana, unida por toda clase de vínculos entre las razas, los pueblos y las naciones. (Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, 75.)

I

INTERDEPENDENCIA ECONÓMICA Y ESTADO. LIMITACIONES DEL ESTADO NACIONAL

Empecemos por observar que, como consigna Abel Jeannière, «si la interdependencia de las naciones es hoy un hecho indiscutible, es fundamentalmente de orden económico y resulta de un proceso acelerado de desarrollo técnico que no beneficia a todos en el mismo grado» (1). Los enfrentamientos que han acompañado a este proceso y que han dividido a los Estados en «bloques de agresividad» manifiestan que la interdependencia política se toma como algo más sufrido que querido.

Las tendencias de la Comunidad económica mundial y los caminos de los Estados son divergentes.

Por un lado, vemos que la Comunidad económica mundial se presenta como el lugar de la participación del universo en la lucha contra la natu-

(1) Cons. ABEL JEANNIÈRE: «Utopies du mondialisme politique», en *Revue de l'Action Populaire*. París, diciembre 1963, págs. 1157-1169.

raleza para *humanizarla* (y si la tarea presenta aspectos decepcionantes, el fin no admite discusiones).

Pero, por otro lado, tenemos que el Estado nacional significa por definición una sociedad limitada y parcial. «Todo en el Estado soberano está centrado sobre el mismo Estado», dirá lord Lothian.

Rasgo fundamental del Estado es su carácter limitado (2) y parcial.

Mas hay otro rasgo fundamental, íntimamente ligado a ese. Es la fuerza. El Estado se ve como una fuerza que se ha impuesto. Es por la fuerza como se impone su autoridad: en el interior, donde frecuentemente no recoge el asentimiento general; en el exterior, donde choca con otras fuerzas vivientes en expansión.

Pero, en todo caso, el Estado —así como el orden jurídico del que es garante, el promotor y el defensor— constituye el lugar de *lo particular: es obra histórica*.

El Estado, producto de la Historia, se siente fuertemente individualizado y no acepta más que con dificultad y superficialmente reconocerse en comunión de destino con otros (3).

Y, teniendo presente que ningún agente puede esperar actuar excepto dentro de los límites de su propia finalidad natural, ningún Estado-nación puede esperar buscar fines que pueden entrar en conflicto con su propio bien.

De esta manera, la soberanía nacional, la seguridad nacional, la supervivencia nacional y la dignidad nacional son fines nacionales perfectamente legítimos. Pero, por tal razón, no cabe esperar que los Estados nacionales puedan perseguir el bien común de la Humanidad *como un todo*.

Un cierto existencialismo preside, así, las relaciones interestatales. Cada Estado cree primero en su propia historia, y, aun en el caso de que admita que la Historia tiene un alcance colectivo, estima que el *impacto* histórico le es propio.

Por tanto, todo progreso a la unidad resulta de la toma de conciencia por los Estados y los Gobiernos de una cierta «identidad histórica» o, por decirlo de otra manera, de una cierta «co-existencia».

Con una particularidad: para algunos, no es la raza, la lengua o la cultura la fuente viva del nacionalismo, sino la coexistencia anárquica de los Estados soberanos.

(2) Vid. R. J. DUPUY: «Démocratie et société internationale», en *Cahiers de Pl. S. E. A.*, 144. París, diciembre 1963, pág. 59.

(3) Vid. Lord LOTHIAN: «L'anarchie internationale», en *Qu'est-ce que le Fédéralisme?* S. E. D. E. I. París, 1963, págs. 123 y sigs. (para la cita, pág. 132).

No hay sino recordar que *el mundo de los Estados es el de los grandes libertarios* (4).

Ellos gozan de la forma suprema de la libertad —la soberanía— y son considerados como jurídicamente iguales. Ninguna autoridad hay por encima de ellos: son los grandes libertarios, su libertad es la que sueñan los anarquistas a escala individual. Para los Estados soberanos, no hay derecho que no sea voluntario, salido de convenciones libremente debatidas o costumbres aceptadas. Régimen que jamás ha asegurado más que la libertad de los más fuertes...

Tal «prerrogativa» del Estado soberano es el elemento que acentúa la separación entre cada ciudadano y sus semejantes de los países extranjeros. Tal es el factor que excita a considerar los problemas internacionales desde su estricto punto de vista nacional.

Lo antedicho no significa, sin embargo, que los Estados -nación nunca busquen el bien de los otros Estados. No. Mas queda en pie el hecho de que el «toque» del Estado nacional es negativo: actuar de forma que sus fines no entren en conflicto con la justicia internacional (5).

* * *

¿Oposición, pues, entre lo universal y lo particular?

Contemos —como ya hemos delineado— que el individuo tiene conciencia de pertenecer a un Estado y a una Comunidad que traspasa las fronteras hasta donde se extienden los poderes de su Estado. Esta conciencia de una doble «pertenencia» debilita su fidelidad al Estado en un grado variable.

Y, en este sentido, algunos autores hablan del *dépérissement* del Estado.

Tres posiciones —matices— cabe citar a este respecto:

1. *El Estado ha cumplido su misión.*—J. M. Domenach (6) emite el criterio de que, «contribuyendo a la multiplicación de los Estados en el mundo, hasta un punto en que pierden la mayor parte de su importancia, el Estado nacional parece haber liberado su energía, realizada su tarea». E inclu-

(4) Cfr. DUPUY, cit. ant., pág. 49.

(5) Aspectos negativos del Estado pueden verse en CONSTANTIN FRANTZ: «Inconsistance du principe de nationalité», en *Qu'est-ce que le Fédéralisme*, cit. ant., páginas 103-116.

(6) Vid. «Le choix de l'Europe», en *Esprit*. París, febrero 1963, pág. 190.

so —sigue asegurando— aquellos países que acaban de ascender al rango estatal sienten la necesidad de una construcción que les traspase (7).

2. *El carácter anticuado del Estado-nación.*—Esta es una de las fundamentales transformaciones empíricas en la estructura de las relaciones internacionales, puesta de relieve por la *Pacem in terris*. Así lo sostiene Morgenthau (8). «La nación no ofrece ya a la economía moderna un cuadro suficiente... El Estado no puede ya satisfacer sólo, y en un cuadro puramente nacional, todas las necesidades del país (9). Los *Rockefeller Panel Reports* han afirmado que, en su forma actual, el Estado-nación no permite la adecuada o eficiente realización de ciertas funciones vitales...

3. *Algunos llegan a vislumbrar «un estadio en el que el hombre y la sociedad estarían desembarazados del Estado tal como lo han conocido desde hace veinte siglos»* (10).—Se desea la desaparición pura y simple del Estado. Concretamente, entre los fervientes defensores de la construcción europea y en una perspectiva mundialista, se sostiene a veces que la paz y la democracia no son realizables más que por la accesión a una sociedad en la que el Estado sería expulsado (11).

II

PERSISTENCIA DEL HECHO «NACIONAL»

Estas opiniones no dejan de ser seductoras, en la medida en que el Estado balcaniza la colectividad de los pueblos. Pero, aunque tales ideas sean expresadas por gentes de un perfecto desinterés las más de las veces —algunas, en plan de un verdadero apostolado—, cabe hacerse la pregunta de si son muy realistas.

En una época en que distintos Estados nacen cada año, es dudoso que se pueda considerar seriamente —al menos para un futuro previsible— la desaparición del fenómeno estatal.

(7) Para la lógica de la disociación del poder de las fronteras, vid. G. BURDEAU: «Critiques des Nations et des Etats», en *Arguments*. París, tercer trimestre de 1959, páginas 45-46.

(8) Vid. HANS J. MORGENTHAU: «*Pacem in terris and the World Community*», en *Continuum*. Chicago, verano 1963, pág. 242.

(9) Cons. PIERRE RACINE: «Vues prospectives sur l'Etat traditionnel», en *Encyclopédie Française*, tomo X. París, 1964, págs. 34-35.

(10) Cons. PIERRE DOUCLOS: «La politification», en *Politique, Revue Internationale des Doctrines et des Institutions Politiques*, abril-junio 1961, pág. 71.

(11) Cfr. DUPUY, cit. ant., pág. 67.

Los mismos marxistas que en el Este acaban de abatir al Estado zarista y concebían la venida de una sociedad internacional enteramente renovada, con el final descontado del fenómeno estatal (12), terminaban por el reforzamiento del Estado socialista. La necesidad de consolidar las conquistas de la Revolución en el país donde ella había «triunfado» conducía a ese reforzamiento. Y cuando se reintegraban al Orden interestatal —concretamente, entrando en la S. de las N.— verían en el Estado soberano la fortaleza indispensable a la salvaguardia del socialismo (13).

Y, siguiendo en el terreno de las realidades, pensemos —con el doctor Josef Korbél— que «el nacionalismo parece sobrevivir a todo progreso humano».

Jean Weydert ha escrito: «En nuestra época, el hecho nacional ha tomado en la mayoría de los casos una consistencia que no tenía antes» (14).

Aún más: desde hace veinte siglos el Estado ha conocido más de una mutación radical y las más recientes han reforzado considerablemente su poder (15). Como precisa Pierre Racine, «el Estado moderno está investido de una función casi universal. Está llamado a multiplicar sus decisiones y a actuar con eficacia sobre la sociedad». Y el Concilio Vaticano sostendrá: «A consecuencia de la complejidad de nuestra época, los Poderes públicos se ven obligados a intervenir con más frecuencia en materia social, económica y cultural, para crear condiciones más favorables que ayuden con mayor eficacia a los ciudadanos y a los grupos en la búsqueda libre del bien completo del hombre».

El mismo Juan XXIII, después de hablar de la Autoridad universal, señala que «no pertenece a la Autoridad de la Comunidad mundial el limitar la acción que los Estados ejercen en su esfera propia ni sustituirlos» (*Pacem in terris*, 141).

Lo cierto es que, por encima del progreso creciente e incesante de las comunicaciones, de la interdependencia económica, y de los *missiles* y de la bomba termonuclear, hay una evidencia sorprendente: las realidades nacionales aparecen mucho más irreductibles que lo había hecho creer la última guerra, con su carácter ideológico.

Por ejemplo, son las particularidades nacionales, mucho más que los con-

(12) Sobre estas perspectivas en Marx, Engels, Lenin, etc., cons. PIERRE COT: «Le dépérissement de l'Etat», en *Encyclopédie Française*, cit. ant., págs. 42-48.

(13) Vid. DUPUY, cit., ant., pág. 51.

(14) Vid. J. WEYDERT: «Unions régionales et Communauté mondiale», en *Revue de l'Action Populaire*, diciembre 1963, pág. 1207.

(15) Cfr. HENRI LEPÈVRE: *Introduction à la modernité*. Minuit. París, págs. 198 y siguientes, y A. JEANNIÈRE, cit., ant., pág. 1161.

flictos ideológicos, el origen del cisma yugoslavo o de la querrela chino-soviética (16). En el inmenso *tercer mundo*, en los inmensos territorios descolonizados de Asia y de Africa y en una Iberoamérica en revuelta —abierta o cerrada— contra el imperialismo estadounidense, el nacionalismo está lejos de haber sido superado, bien porque tenga la atracción de la novedad y el valor de un bien largamente deseado, bien porque la comunidad nacional parezca ser todavía el cuadro más sólido donde reunir a los hombres para un esfuerzo común.

Y no digamos de querellas como la de Grecia y Turquía sobre Chipre, la de la India y el Pakistán sobre Cachemira, los conflictos sobre zonas fronterizas como el de Argelia-Marruecos, Ecuador-Perú o —en otro sentido— el de Bolivia-Chile, etc.

Como explicación de este panorama, no ha de dejarse de pensar en que «el fenómeno más nuevo de nuestra época es, sin duda, el advenimiento de las masas (17). Mudás y oprimidas hasta nuestra época, cada vez pesan más sobre la política mundial. Y he aquí que ellas son más sensibles que los medios cultivados a las solidaridades elementales». «La aparición del hombre-masa y de las masas compuestas por estas criaturas *atomizadas* ha hecho más intensa la llamada al sentimiento nacionalista, porque la nación ha aparecido a estas masas inquietas como una evasión a su aislamiento, a su dolor y a su soledad.»

Ha sido la Revolución francesa la que ha dado el impulso a lo que se ha llamado la primera *ola nacionalista, europea y burguesa* que ha culminado en 1914. Y la Revolución rusa de 1917, acompañada de la Revolución china de 1949, ha desencadenado en el mundo *una segunda ola, proletaria* esta vez, que vemos desfilar por doquier y de la que no escapan —salvando las distancias— ni aun países tan evolucionados como Bélgica o el Canadá.

Un historiador y sociólogo como Jacques Madaule llega a sostener: *Le fait national est unanimement reconnu* (18).

Resumiendo, como escribe el citado Madaule, «viejas o jóvenes, las naciones no consienten en desaparecer. Expresan una profunda realidad en la cual participa todo el pueblo, de una manera cada vez más consciente. Por consiguiente, no está prohibido esperar que las naciones consigan no sólo

(16) «Los dos países luchan no sólo por la dirección del mundo comunista, sino igualmente por *razones nacionales*»; criterio de COUVE DE MURVILLE: *Le Monde*, 30 de junio de 1964, pág. 2. Criterio que otros comparten.

(17) Vid. CARL J. FRIEDRICH: «Vers le Pouvoir constituant du peuple européen», en *Qu'est-ce que le Fédéralisme?*, cit. ant., pág. 213.

(18) Cons. «Nationalisme d'hier et d'aujourd'hui», en *Janus*. París, número 2, junio-septiembre 1964, pág. 127-129.

coexistir en la paz, sino cooperar por el bien común de la Humanidad.» Una condición se pone a esto: que la originalidad de las naciones sea plenamente respetada, pues la etapa nacional es indudablemente una etapa necesaria en el camino de la unidad humana y es probable que jamás sea completada, *dépassée*, cualquiera que sea la forma de los futuros agrupamientos humanos.

* * *

En esta materia —como en otras muchas materias internacionales— hay que saber hacer cautos distingos. Acertar a aprehender el punto medio. Aquí nos será de buena utilidad poner de relieve cómo S. S. Pablo VI se ha referido a «*los estrechos límites de un nacionalismo chauvinista, incompatible con el valiente esfuerzo para poner en marca una Comunidad mundial*» (19).

Rechacemos, pues, los estrechos límites del hipernacionalismo, en el sentido de Pablo VI, y demos al Estado las funciones que le competen, en el sentido de Juan XXIII.

La médula de la cuestión radica, por tanto, en la humanización de ese Poder que es el Estado.

Esto nos conduce a tratar de poner en claro el valor de la patria como elemento de la construcción humana, más permanente —y aún más trascendente— que el mismo Estado.

III

ADECUADA INSERCIÓN DEL SENTIMIENTO DE PATRIA.

PATRIA Y SENTIDO CRISTIANO DE LA VIDA

Hemos aludido a la interdependencia económica. Pero hoy la interdependencia tiene también causas de orden político e ideológico. Las preocupaciones económicas y sociales dominan en nuestra hora la política de los Estados. Y estas exigencias de lo económico y de lo social van a transformar profundamente las condiciones políticas. Un estrecho nacionalismo político (20) ya

(19) Citamos del inglés. Vid. *Continuum*, cit. ant., pág. 133.

(20) Notemos que se ha hablado de patriotismo *mayestático*, místico, y de patriotismo *realista*. Vid. el artículo de STEFAN KISIELEWSKI: «¿Para las generaciones futuras?», aparecido en *Tygodnik Powszechny*, Cracovia, el 29 de noviembre de 1959, cuyo texto, bajo el título «For Future Generations?», es reproducido en *East Europe*, Nueva York, abril 1960, págs. 30-31.

no es compatible con un desenvolvimiento económico armónico. El nacionalismo económico —superado por los hechos— entraña la superación del nacionalismo político. La soberanía absoluta de los Estados choca con las exigencias del desarrollo económico. La elaboración de los planes internos debe tener en cuenta las relaciones económicas externas de la nación. Y la interdependencia económica, nacida del deseo de todos los pueblos de mejorar sus condiciones de existencia, conduce al estallido de los cuadros nacionales demasiado estrechos, tanto en el plano económico como en el plano político (21).

Y algunos han llegado a creer —los medios tradicionales, *conservadores*— que la interdependencia económica, estimulada por la voluntad de los pueblos de elevar su nivel de vida material, podría arrojar una proyección peligrosa sobre el cuadro nacional y los valores nacionales y —extremo de máxima importancia— sobre el sentimiento de patria.

Las conjeturas afloran. Ahí tenemos el título de una obra publicada por las Ediciones «Pax Christi»: *Essor ou déclin des patries* (1957). De la crisis del patriotismo se hablaba (por Albert Samuel) en las XXXIV Jornadas Universitarias de Besançon (abril 1957). *Patrias y patriotismo en una perspectiva universalista* era el rótulo del discurso de la solemne inauguración del curso 1956-1957 de las Facultades del Instituto Católico de Toulouse, pronunciado por el rector, monseñor De Solages. El padre Santiago Ramírez, O. P., disertaba sobre *Patriotismo y civismo* en el IV Congreso Internacional de «Pax Christi» (Valladolid, 12-16 de septiembre de 1956). Y Gilson, en el mismo Congreso, subrayaba que no es utópica la noción de una Comunidad internacional en la que los pueblos conserven su ser individual, «con sus ciencias, sus artes y sus realizaciones políticas particulares...» *El patriotismo, en crisis* ha sido uno de los puntos abordados por las Conversaciones Católicas Internacionales en 1951 (Leclercq, Salleron, etc.). ¡Síntomas de un cierto estado espiritual!

* * *

Para desvelar esa situación, no estará de más ir en pos de algunos hechos elementales. Por ejemplo, el hecho de que la patria tenga un contenido eminentemente cristiano.

(21) ARTHUR KOESTLER ha advertido la paradoja más espectacular de nuestra época: jamás este Planeta ha estado tan dividido políticamente como ahora, mientras jamás ofreció una mayor uniformidad cultural. Un punto clave de nuestro tiempo. Vid. sus interesantes apreciaciones en «La edad de la paradoja», en *Vea y Lea*. Buenos Aires, 7 de enero de 1960, págs. 28-30.

A este respecto, no estará de más registrar la doctrina expuesta por el argentino Caturelli (22). Este profesor parte de la idea de que lo que el hombre es, y lo que él tiene, debe ser contemplado en un doble aspecto, que en el fondo es uno: es *donatividad pura* y, al mismo tiempo, cristológico. Nada hay para el hombre cristiano que escape a esto: todo es, pues, *don*. Y todo es como atravesado y asumido por Cristo: todo lo que es es cristológico. En ese contexto, el patriotismo adquiere un nuevo y más profundo sentido. La patria aparece como *don* y, en cuanto tal, participa del carácter cristológico del universo. La patria es amada (patriotismo) no tanto ya (aunque esto sigue teniendo validez) por ser la tierra y la sangre de los padres (como en el patriotismo pagano) cuanto por ser un don de Dios.

Si el patriotismo fuera solamente el protoplasmático *sangre y tierra* del paganismo —y de algunos pseudopaganos de nuestro tiempo—, Juana de Arco no hubiera existido. Para Juana de Arco lo que motivaba su patriotismo no era tanto, ni mucho menos, la sangre y la tierra (paganas), sino el hecho maravilloso de que Francia fuera el *don* que su Amado ponía en las manos de sus compatriotas.

Así, pues, el patriotismo cristiano es el verdadero patriotismo *pleno*: permanente voluntad de *servicio* —es decir, de amor al *tú* y al *vosotros* inmediatos (com-patriotas)—, amor que es siempre re-conocimiento de Quien habita en la interioridad del hombre.

La patria amada en cuanto *don* aparece a los ojos del cristiano como «el lugar terreno-inmediato en el cual debe prepararse —por su permanente inmolación al bien común— para la eterna morada donde tiene su plenitud el patriotismo cristiano». San Pablo dirá que somos «extraños y forasteros sobre la tierra», «en busca de una patria» mejor, celestial (*Heb.*, 11; 13, 14 y 16). Bien. Pero el hecho de «buscar» la patria futura y permanente no significa que no tengamos una patria terrena no permanente. Precisamente a esta patria terrena no permanente, como todo lo «donado», San Agustín la colocó entre la jerarquía de las cosas temporales «nuestras», desde los bienes del cuerpo hasta la libertad y desde ésta a la patria, «a la que solemos considerar como una verdadera madre» (*De lib. arb.*, I, XV, 32).

* * *

Así definida, la patria no puede desaparecer ni sentimentalmente ni orgánicamente (patria-Estado) —al menos antes de que se produzca una verda-

(22) Vid. ALBERTO CATURELLI: «Filosofía del patriotismo», en *Sapientia*. Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 1960, 58, págs. 256-269.

«verdadera mutación de la Humanidad». En efecto, esta clase de patrias es el «cuadro en que se transmite de generación en generación un mínimo de cultura «comprendida y sentida» en la lengua materna y la vía de acceso a una estética y a una ética.

Así, pues, proteger este tipo de patria es proteger un «instrumento» del progreso. Destruirlo prematuramente nos haría correr el peligro de provocar una muy grave crisis cultural, estética y moral, consecuencia del desarraigo.

Incluso se llega a decir que estas patrias de fondo lingüístico, y generalmente histórico, pueden muy bien no constituir un Estado en el sentido que el Derecho internacional entiende hoy. En este sentido, la existencia de los atributos externos de una personalidad internacional —de diplomacia a Ejército— no son indispensables para la preservación del instrumento de progreso que es la patria. Ahora bien, es preciso un «contenido» importante para no desmenuzarse ante los asaltos del estatismo.

El caso de la provincia-patria de Quebec se toma como un ejemplo muy rico en enseñanzas. Esta provincia, falta de contenido-crítico independiente, que le permitiera defender una cultura y una estética, cristalizando la conciencia nacional, se veía roída por dos males: 1. La degeneración cultural, traducida en el débil nivel cultural de las masas canadienses francesas y su doble «desconocimiento» del inglés y del francés. 2. La decadencia moral, tras haber perdido su «estética» sin haber podido llegar a una «estética supranacional». Y, en este caso, la patria se «pudre» al no ejercerse en un campo de acción (constitucional, administrativo) suficientemente vasto. Pues la patria *se ejerce, se practica* igual que una profesión... (23).

IV

TIPOLOGÍA DE LAS PATRIAS

Y con el proceso de descolonización, de autodeterminación y de instauración de nuevos Estados, surge una *tipología* de las patrias.

Cosa lógica, si se admite que las patrias se levantan sobre una o varias de las bases siguientes: territorio, lengua, historia, raza. Con esto, el valor y las probabilidades de supervivencia de las patrias son diferentes. Veamos.

En primer lugar, fijemos nuestra atención en la patria-territorio. Esta, sin unidad ni monopolio racial y longüístico, sin historia —aunque su existencia sea debida a un azar histórico— es de reciente creación y no parece

(23) Hoy, el Canadá francés reivindica fuertemente tal ejercicio.

destinada a un gran futuro. Es el caso de numerosos países de Africa. Nada predeterminaba *a priori* la existencia de una patria centroafricana o nigeriana. Ellas no tienen el monopolio de la raza, ni de la lengua —francesa o inglesa, apenas utilizadas en Africa más que por las clases dirigentes—, no han heredado de la Historia una organización social o recuerdos que las distinguan netamente de sus vecinos. Tampoco el paisaje y el clima de esos países han hecho una unidad o una *spécificité* que, a falta de otra cosa, les harían «el país del bosque virgen» o «el país de los lagos» o «el país de las montañas». Brevemente, se trata de trozos de Africa «recortados», desde hace más o menos largo tiempo, al azar de las necesidades administrativas...

El aislamiento podría conferir a la larga una cierta originalidad a estas patrias, pero nuestra época no es la del aislamiento. Por otro lado, no puede esperarse que ellas desarrollen una sociedad original sobre la base de técnicas originales, pues, por el contrario, se verán obligadas a copiar casi todas sus técnicas —y aun sus vías de acceso a la técnica— del mundo exterior.

Patrias que se ven como agrupaciones artificiales —aunque provisoriamente y «tácticamente» útiles— destinadas a fundirse en conjuntos más vastos, con bases más sólidas. Conjuntos que, sobre un fondo social y lingüístico, bien podrían ser «ideológicos» o simplemente de conveniencia...

Las patrias fundadas sobre el monopolio de una lengua suficientemente rica y formada son infinitamente más sólidas y justificadas. Es raro que la existencia de una lengua no vaya a la par con un mínimo de historia (su poeta, su sabio, su santo, su héroe nacional, su arquitectura campesina, su música, sus campos de batalla, su Capital).

En otras ocasiones, a falta de pasado, hay la relativa originalidad del paisaje, de la situación geográfica, etc., que vienen a reforzar la individualidad de la sociedad (Australia, Nueva Zelanda).

* * *

Por tanto, a una directriz de pensamiento, la consistencia y el futuro de las patrias aparece como algo sujeto a variación en el espacio y en el tiempo.

Las patrias, más o menos artificiales, superinstitucionalizadas, se disolverán parcialmente (así, en Africa). Otras, insuficientemente representadas por sus instituciones, se estructurarán y reforzarán su urdimbre estatal (así, el Canadá francés). Otras (kurdos, por ejemplo) pueden conseguir un cuadro estatal.

De hecho, esta reclasificación no es más que la natural y deseable adap-

tación del Derecho a las aspiraciones de los pueblos. Adaptación que siempre tendrá lugar con el retraso que implican los intereses, los apetitos, la voluntad de poder o la simple tontería...

V

PATRIA Y COMUNIDAD HUMANA

¿Qué decir de lo consignado anteriormente? Una conclusión: las tendencias a la unidad que vemos presionar sobre todo el Planeta no deben llevarnos a la supresión de las patrias y a la desaparición del patriotismo, sino a la armonización de las patrias en la Comunidad humana y a la purificación del patriotismo a través del sentido de lo universal.

Es preciso ser varios para poder comulgar en la unidad y en el amor: esta ley de las relaciones personales vale también para otros planos de las relaciones internacionales. El espíritu, fuente de lo universal, está encarnado en el mundo en cuerpos múltiples, en diferentes familias, en medios variados, en civilizaciones que presentan los diversos perfiles del hombre.

Se dan síntomas transparentes. Vemos que la nación no es un simple estadio accidental que conviene superar por cuadros más vastos —por ejemplo, bajo el pretexto de que un avión atraviesa en poco tiempo la Europa occidental—. La nación constituye el lugar de una cultura humana y de una *prise de conscience*. A través de ella, los ciudadanos adquieren ciertas modalidades fundamentales de su destino. Y con este carácter, la nación, lejos de desaparecer, está encargada de tareas más pesadas. Compréndase esta afirmación. Por lo pronto, el *no aniquilamiento de las originalidades nacionales*. Ello es trascendental. Una consecuencia de ese perfil es que sirve como un estimulante de los espíritus, en un momento en que el progreso técnico tiende a llevar la uniformidad al Planeta, en un tiempo en que, progresivamente, los pueblos visten, trabajan y se distraen de la misma manera. En resumen, supondría el triunfo de *lo vital* sobre *lo mecánico*. Oliveira Salazar ha sabido salir al paso de los peligros de la *colonización mental* de nuestra era.

Armonización de las patrias, por supuesto.

Pero la realización de tal armonización exige condiciones.

Desde luego, la realización de una Comunidad humana donde reinen verdaderamente la libertad efectiva y la igualdad de derechos no puede hacerse más que por etapas. La razón es bien sencilla: el camino a recorrer es inmenso (igualación de niveles de vida, armonización de condiciones so-

ciales, etc.). Y la igualdad efectiva de los pueblos no se hace por decretos o declaraciones. Se obtiene, poco a poco, en la medida en que es posible en la tierra. Pero nada se hará si no se desenvuelve en el corazón de los hombres un real ideal humano. La unidad de la gran familia humana no es del orden de las cosas *mecánicas*: debe estar en la *voluntad de los vivos* (De Solages).

Y esto supone que permanezca en ellos un amor a la patria, que —como todo amor— no será verdadero más que si es capaz de sacrificio. Un hombre que no ame apasionadamente a su país será, por el hecho mismo, un mal ciudadano del mundo o de la unidad que sea —que debe ser una comunidad de patrias— (De Solages).

Error el nacionalismo que niega la Comunidad humana. Error el *mundialismo* que entraña el empobrecimiento de la sustancia *humana*. El universalismo debe librar al patriotismo de las limitaciones del egoísmo, pero vivificándolo y no atrofiándolo.

Por tanto, viene justificada la conveniencia de algunas precisiones en esta materia. Las hacía el padre Ramírez al señalar cómo es posible un conflicto entre el patriotismo y el civismo —«amor a la ciudad, al Estado»—, «conflicto concretado en las dos tendencias opuestas: el separatismo (exageración del patriotismo) y el estatismo absorbente y totalitario (exageración del civismo)».

Ahora bien, tal conflicto no es necesario. Ambas *virtudes* pueden coexistir: «El amor a la pequeña patria es punto de partida para el amor a la patria grande».

Estas mismas *virtudes* se trasladan al plano internacional. El amor al propio país no excluye el amor a los otros países. Y, también en lo internacional, la exageración de esas *virtudes* es dañosa: el «chauvinismo» (exageración del amor al país natal) y el «cosmopolitismo» (desmesurado amor a la Humanidad en abstracto) causan perjuicio: el primero, porque encona las pasiones internacionales; el segundo, porque plantea las cosas en un terreno *ideal*.

Por consiguiente, nos movemos dentro de un campo en el cual es necesario precisar las cosas (24). Cabe apelar a *los deberes hacia la patria y hacia la comunidad humana*, ambos positivos y negativos.

(24) Para otras valoraciones, vid. CENTRE CATHOLIQUE DES INTELLECTUELS FRANÇAIS: *Pensée chrétienne et Communauté mondiale*. Fayard. París, 1958, 195 páginas; SEMAINE DES INTELLECTUELS CATHOLIQUES: *La conscience chrétienne et les nationalismes*. Horay. París, 1959, 286 págs.; Monseñor GUERRY: *L'Eglise et la Communauté des peuples*. Bonne Presse. París, 1958, págs. 173-188; XXXIV JOURNÉES UNIVERSITAIRES: *Le Patriotisme*. CUC. 1957, 117 págs., etc.

En los primeros, los positivos son: el «amor de predilección», la colaboración en mejorar y conservar la patria y el ánimo de morir por ella, si fuese necesario. Los negativos: no odiar a la patria, no perjudicarla, no traicionarla.

Respecto a las condiciones del *patriotismo universal*, las positivas son: que el amor entre las naciones lo constituya algo sincero y auténtico, y que las naciones se comprendan y se ayuden en sus respectivas idiosincrasias. Las negativas: que las naciones no se odien ni se desprecien ni se perjudiquen, y que no se traicionen rompiendo unilateralmente pactos o tratados (25).

VI

TRASCENDENCIA DEL VALOR «PATRIA»

Y queremos subrayar que en algunos medios se va hasta pronosticar una *trascendente empresa* a las patrias del futuro.

Esta posición se articula del modo indicado a continuación.

Una parte del panorama internacional de finales de nuestro siglo se ve configurado a base de los siguientes elementos: 1. Los cuadros clásicos de la patria-Estado se habrán vaciado aún más de su contenido de soberanía nacional, en beneficio de conjuntos más vastos. 2. La interpenetración de las economías será tal que la planificación habrá venido a ser una realidad a escala regional, continental, etc. 3. La defensa nacional y la diplomacia habrán pasado a manos de confederaciones o federaciones, más o menos institucionalizadas.

En estas condiciones, subsistiendo el *aparato* estatal de las patrias, tomará un carácter netamente «regional» (con la inevitable supervivencia de un bastión irreductible: el de la administración de las costumbres y de los espíritus —justicia, enseñanza, información, turismo, etc.—).

En esta perspectiva, se indica que el federalismo moderno —en la marcha hacia las comunidades regionales modernas— no puede pretender la reducción de la originalidad de verdaderas naciones históricas, habituadas a un largo pasado de soberanía, con su lengua, sus instituciones políticas y civiles y orgullosas de su cultura (Pierre Racine). En resumen, ese federalismo —como tal federalismo— no puede aspirar a reducir la *originalidad* de las mentadas patrias. Por el contrario, será tanto más fuerte y fecundo cuanto más tome

(25) Cons. G. V. C.: «La paz internacional y la unidad del mundo vistas por los católicos», en *Finis Terrae*. Santiago de Chile, cuarto trimestre de 1956, págs. 63-64.

por divisa este admirable pensamiento de Teilhard de Chardin: «La unión verdadera, diferencia, sobrepersonaliza.»

Pues bien, el citado «bastión» corresponderá justamente al deseo y la preocupación de expresar las *personalidades* nacionales, que subsistirán muy ampliamente.

Y he aquí que la comunidad —relativa— de personalidad llevará a los pueblos hermanos a conocerse mejor y a defender juntos las lenguas, los recuerdos y los ritos que les harán «diferentes de los otros», a pesar del proceso de mundialización.

Aquí se inserta el valor de las *etnias*, amplias comunidades definidas por la lengua o la raza y fraccionadas en Estados (más o menos consistentes) por los azares de la geografía o de la Historia. Comunidades de fundamento más cultural que racial y que la necesidad de sobrevivir o de afirmarse les une (determinando la solidez de una *etnia*): Hispanidad, Lusitanidad, *Etnia* inglesa, etc.

Es por lo que, se quiera o no, Europa será —dicen los seguidores de estas doctrinas— *la Europa de las patrias*. Término que no excluye la posibilidad de una diplomacia común, de un Ejército unificado (a pesar de la existencia de «papeles» nacionales) y de una moneda y de una planificación comunes.

Por consiguiente, la pertenencia a esas *etnias* se verá marcada, en unos casos, por la preocupación de descubrir compensaciones a un relativo bajo nivel económico-político frente a otros «mundos»; o, en otros, por un sentimiento de superioridad socioeconómica, cuando no de «piedad cultural» hacia los otros.

Con una advertencia: la creación de esas grandes agrupaciones étnicas no implica que hayan de coincidir con agrupaciones que otras causas —económicas y geográficas— hayan podido provocar.

Parejamente, conviene saber que a estas *etnias* se les asigna una *vocación necesariamente pacífica*. Estas solidaridades étnicas unen sensiblemente a pueblos que, con frecuencia, les separan muchas cosas: alejamiento geográfico, intereses económicos divergentes, preocupaciones diplomáticas diferentes... Su significado ha de residir en que habitúen a los pueblos parientes a mantener relaciones fuera de los términos clásicos de voluntad de poder —es decir, fuera de los términos de soberanía nacional, de fuerza militar, de conquista, de irredentismo—.

Ahora bien, por natural e inofensiva que sea la solidaridad de las *etnias*: no puede ser un fin en sí misma. Ellas deben representar una etapa hacia la

sociedad internacional *abierta*, hacia un mundo unido y diverso, a la vez. Y, eso, por la preparación de un estado de espíritu favorable a esa sociedad abierta, etc. (26).

* * *

En pocas palabras, el patriotismo sigue en vigor, *aunque abierto a perspectivas y horizontes más amplios*. Y los modernos movimientos federalistas «no sólo no anulan la virtud del patriotismo sino que, si ellos han de tener una vinculación objetiva y eficaz, la han de tomar de la piedad para con la patria...» (27).

Nada de atrevimientos. Nada de petulancias. Únicamente se demanda un poco de penetración. Acertemos a penetrar en el espíritu de las reflexiones de monseñor Chappoulie. Una exposición suya ponía fin a la Semana de los Intelectuales Católicos de Francia en 1958. Después de haber recalcado que «la Iglesia elevaba al nivel de una clara obligación de conciencia» «el sentimiento instintivo de amor a la patria», el prelado declaraba: «El amor a la patria, para ser una virtud cristiana, lleva consigo el respeto hacia la patria de otro en su independencia y sus libertades políticas. El sentido cristiano de la patria exige un esfuerzo continuo, a base de amor, para comprender los valores originales, las necesidades vitales y las aspiraciones de la patria de los otros. El patriotismo cristiano concuerda con el sentido del bien común de la Humanidad» (28).

VII

NUEVAS PATRIAS Y «EDAD ADULTA»

Y, en esa línea del bien común de la Humanidad, ha de enfocarse el discurrir de las nuevas patrias —acuciante perfil de nuestro tiempo—. Así, he-

(26) Vid. PATRIE ET PROGRÈS: *Des Patries: de la société close à la société ouverte*. París, noviembre 1962, 76 págs. (sing., págs. 20-33).

(27) Vid. ANDRÉS AVELINO ESTEBAN: «Universalismo y patriotismo», en *Documentos*. San Sebastián, 1951, 8, pág. 149.

(28) Tiene razón HENRI MASSON cuando subraya la situación del cristiano, que pertenece a dos *ciudades*: la de la tierra y la de Dios. Desde hace dos mil años, los fieles tratan de dar a César lo que es de César —dando prueba, pues, de un gran *cuidado* de sumisión—, pero también a Dios lo que es de Dios —lo que en determinadas circunstancias les hace verse acusados de traicionar a su patria—. Cons. *Le Monde*, 13 de noviembre de 1958, pág. 2.

mos de contemplar cómo un país, tras ascender al estadio de nación libre, después de una larga fase de dependencia y una vez franqueado el período revolucionario —durante el cual asistimos a la exaltación del nacionalismo en su proyección más acerba—, ha de enfrentarse con las exigencias económicas. Y, al aparecer en toda su lozanía las exigencias económicas de la interdependencia, los neonacionalismos se han de ver conducidos a la fase de conciencia meditada de las exigencias nacionales. Concretamente, a tener ocasión de medir en toda su amplitud lo que implican el nacimiento y el desenvolvimiento de una nación. No en vano se ha podido afirmar —por los citados Informes Rockefeller— que el nuevo nacionalismo puede ser una *halfway house* hacia agrupamientos más extensos en que se haga frente a las necesidades del país. Y es por medio de esa comprensión de las exigencias *verdaderamente* nacionales —si han sido formadas por la propia vida nacional— por la que únicamente serán capaces de participar sobre un pie de igualdad en la elaboración de la Comunidad humana: lo mismo en las ventajas que en los sacrificios.

Y, a juicio de Bardonnet, a través de esa etapa los pueblos del *tercer mundo* llegarán a la *edad adulta*.

Ahora bien, ante la llegada de esa *edad adulta*, hemos de precisar que, si la descolonización bajo su aspecto político toca a su fin, queda en pie el problema de la *descolonización económica* (29). Kruschév ha afirmado: «La independencia política no es más que un principio en la liberación del yugo colonial de los imperialistas.» Ante los países descolonizados se presenta la inmensa tarea de la lucha contra «el retraso y la miseria» heredados del colonialismo.

Descolonización económica, sí. «Porque lo que caracteriza al colonialismo es la explotación en gran escala de una pequeña cantidad de productos para la exportación» (30). Como bien dice Niedergang, «no es posible ejercer realmente la soberanía política cuando los mecanismos de la economía escapan al control del Poder».

Esto presenta el problema de la opción del modelo para el sistema económico nacional. Aparece todo un campo de acción para las *fuerzas mun-*

(29) Vid. cómo, con el fin de reemplazar las estructuras económicas marcadas por la huella de la colonización por otras nuevas, Guinea ponía en marcha —en julio de 1960— un Plan llamado «de descolonización». Cons. R. BARRE: «L'indépendance à l'épreuve des réalités économiques», en *Les nouveaux Etats dans les relations internationales*, volumen bajo la dirección de DUROSELLE y MEYRIAT. Colin. París, 1962, página 205.

(30) Vid. V. VERA LOPES: «Problemas do Estado nos países subdesenvolvidos», en *Brotéria*. Lisboa, febrero 1966, págs. 157-168.

diales (31) ¿Cómo han de reaccionar las nuevas independencias —celosas de su soberanía política intacta— a los ofrecimientos de cooperación económica? El problema reside en compaginar una cooperación económica y técnica con el respeto a la independencia de cada uno y que conduzca a los Estados en relación a una interdependencia recíproca. Cosa más fácil de plantear que de llevar a la práctica. En todo caso, siguiendo una expresión de M. Vedel, esta cooperación debe ser un suplemento a la independencia y no una hipoteca sobre la independencia, una cosa *en plus* de la soberanía y no una cosa *en moins* (32).

Bien es verdad, pues, que la oposición de que hablábamos en párrafos precedentes no es irreductible. Ni mucho menos. Basta tener... buen sentido.

LEANDRO RUBIO GARCÍA

(31) Para el asunto de los nuevos Estados y los modelos soviético y chino, vid. los tres estudios insertos en la obra *Les nouveaux Etats...*, cit., ant., pág. 13-128.

(32) Vid. J. L. QUERMONE: «Les engagements internationaux des nouveaux Etats», en *Les nouveaux Etats...*, ant. cit., pág. 351-352.